Escuadron del cambio

Tomemos la decisión

Ilustrado y escrito por:

María José Del Real Prada

Escuadron del cambio

Tomemos la decisión

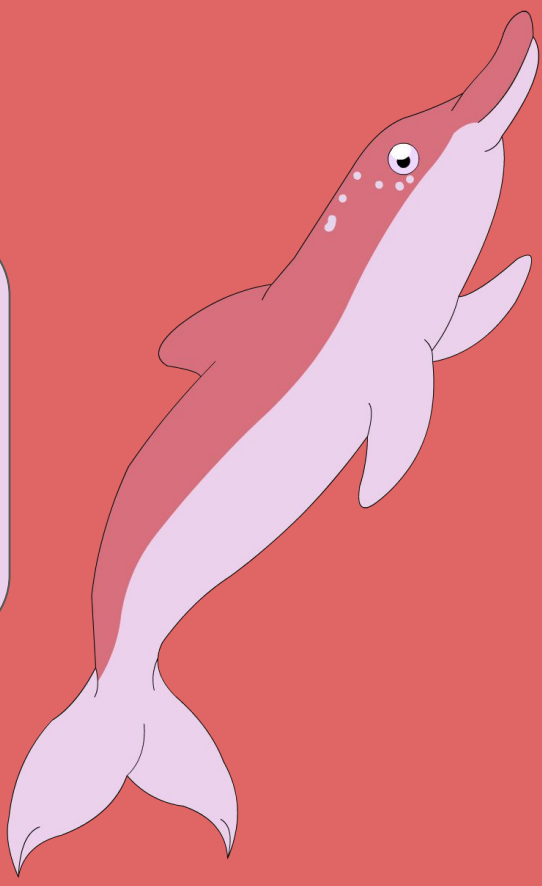
Escritora e ilustradora: María José Del Real Prada

Cúcuta, Norte de Santander, Colombia

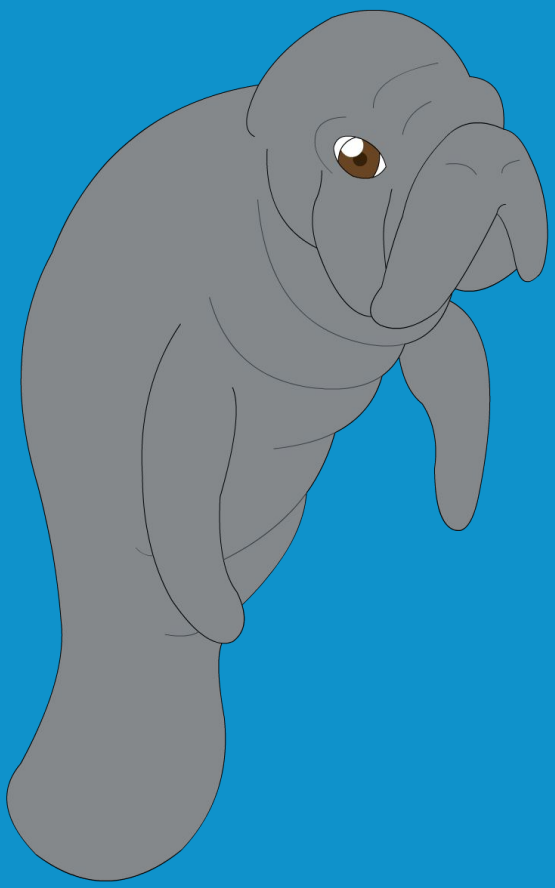
2024 UNAD, Artes Visuales

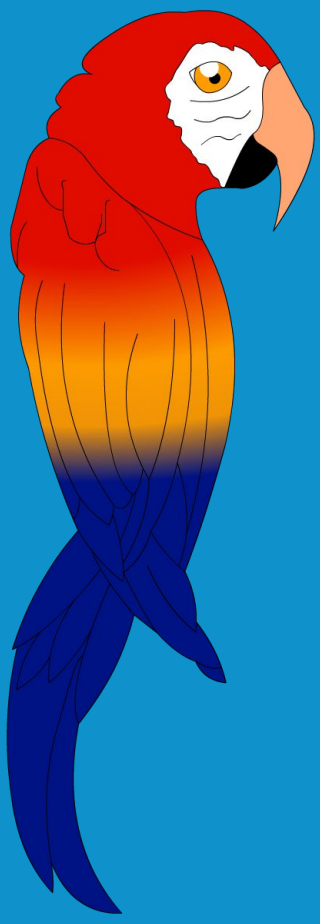
En este hermoso planeta viven más de siete millones de especies de animales,

pero algunos de ellos están en peligro de desaparecer para siempre.



Esto sucede en parte porque, sin querer, los humanos hemos hecho cosas que han dañado su hogar:





cortamos árboles, cazamos animales, ensuciamos el aire y el agua, y eso los afecta.

A veces pensamos que no podemos hacer mucho para cambiarlo,

Pero ¡cualquier esfuerzo, por pequeño que sea, puede hacer una gran diferencia!

Uno de los animales en peligro es el jaguar, el felino más grande de América. En las culturas antiguas, se le consideraba el “hijo del sol y la luna” y era muy admirado.

Como cazador fuerte, el jaguar ayuda a mantener el equilibrio de la naturaleza.

Vive en lugares que van desde desiertos hasta selvas, y necesita mucho espacio para moverse, cazar y vivir en paz.

Sin embargo, está en riesgo de desaparecer porque los humanos han cortado árboles y construyen caminos en su hogar. A veces, estos caminos hacen que los jaguares sean atropellados.

También hay personas que cazan jaguares por su piel, dientes y huesos para venderlos.

¡Es muy importante proteger a los jaguares y su hogar!

Esta historia comienza con tres niños valientes, que amaban a los animales y decidieron hacer algo especial para ayudar. Aunque parecía algo pequeño, demostraron que un esfuerzo, por pequeño que sea, puede marcar una gran diferencia.

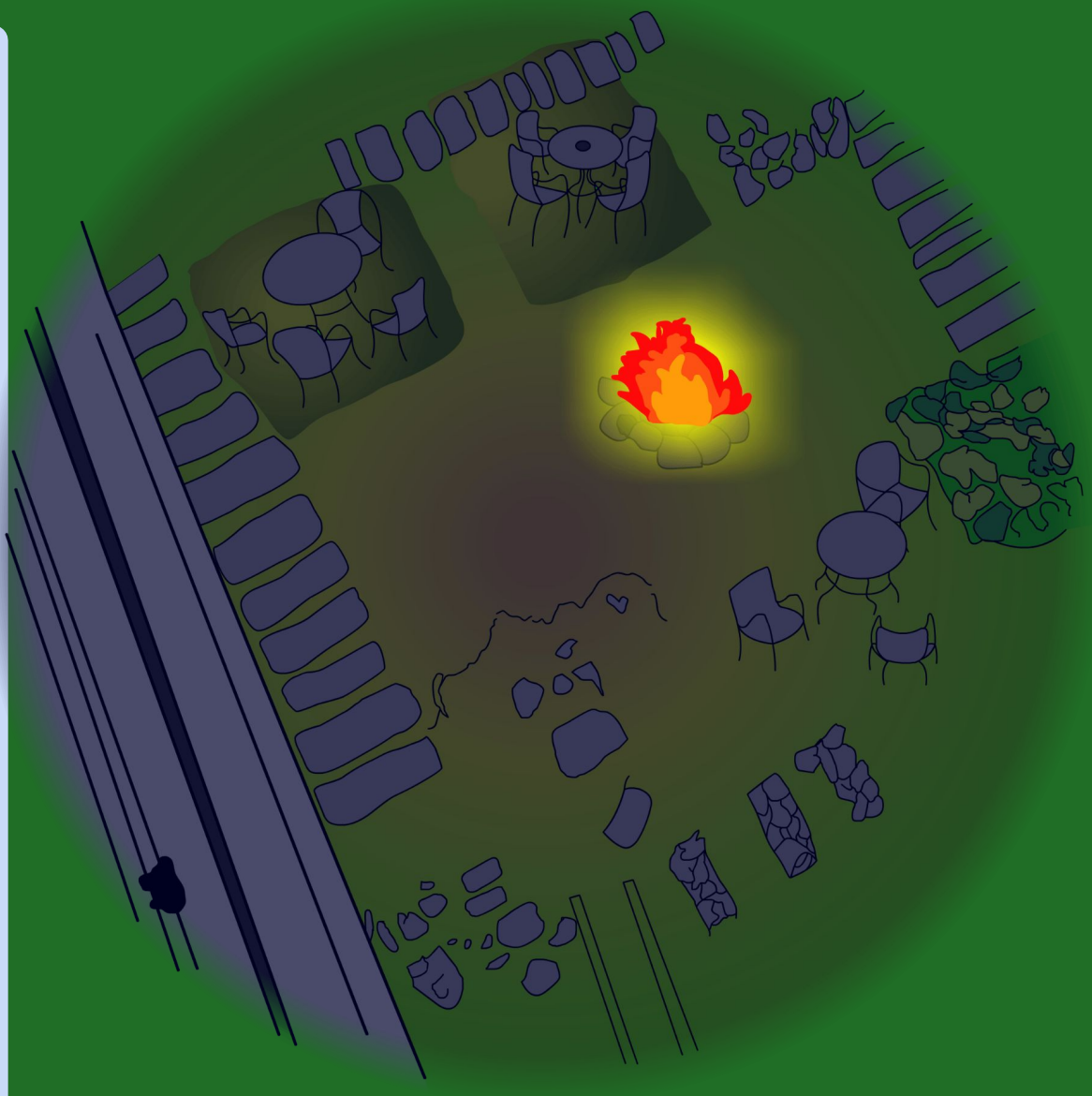
Todo comenzó en el hotel El Don de Pueblo Bello,

un lugar tranquilo rodeado de naturaleza y tradiciones colombianas. Allí llegaron tres familias para pasar sus últimas vacaciones antes de que sus hijos comenzarán las clases.

Daniel llegó con su papá, el ingeniero Arthur, que se especializa en el cuidado de la naturaleza, y su mamá, Madison, que enseña ciencias naturales.

Ángela vino con su papá, el veterinario Carter, que cuida de los animales enfermos, y su mamá Sandra, una chef que prepara comida rica y saludable.

Y finalmente, William y su hermano Alejandro llegaron con su papá, Antonio, un periodista que escribe sobre el medio ambiente, y su mamá Mariana, que trabaja en un museo preparando una exposición sobre animales en peligro de extinción.



Cada noche, en el hotel, las familias se reunían alrededor de una fogata bajo el cielo estrellado.

Allí conversaban y se conocían mejor.

Daniel, Ángela y William se hicieron amigos rápidamente, y Ángela les enseñó un juego de cartas para pasar el rato y conocerse mejor.

Así fue como, en medio de un lugar lleno de naturaleza y con nuevos amigos, estos niños comenzaron a pensar en cómo ayudar a los animales en peligro de extinción. Decidieron que ellos también podían hacer algo, porque, al final, ¡nunca se sabe cuánto puedes lograr si no lo intentas!

Durante eso William mencionó:
La verdad es que también tengo un hermano mayor pero él no quiso venir a la fogata debido a que no le gusta mucho las fogatas, además que dijo que estaba cansado y se quería dormir.
Si quieren se los puedo presentar mañana en algún momento.
Daniel y Ángela estuvieron de acuerdo y con eso comenzaron el juego de cartas.

Mientras jugaban, también hablaban para conocerse mejor.

Daniel fue el primero en compartir:

—Mi papá trabaja en una compañía que busca cuidar el medio ambiente.

Él trata de encontrar maneras de limpiar el agua contaminada para que las personas y los animales que dependen de los ríos puedan estar seguros.

Yo quiero ser como él algún día y ayudar a reparar el daño que se le ha hecho a la naturaleza. ¡Me encantaría crear un santuario para jaguares! Sé que será difícil, pero quiero intentarlo.

Ángela lo felicitó:

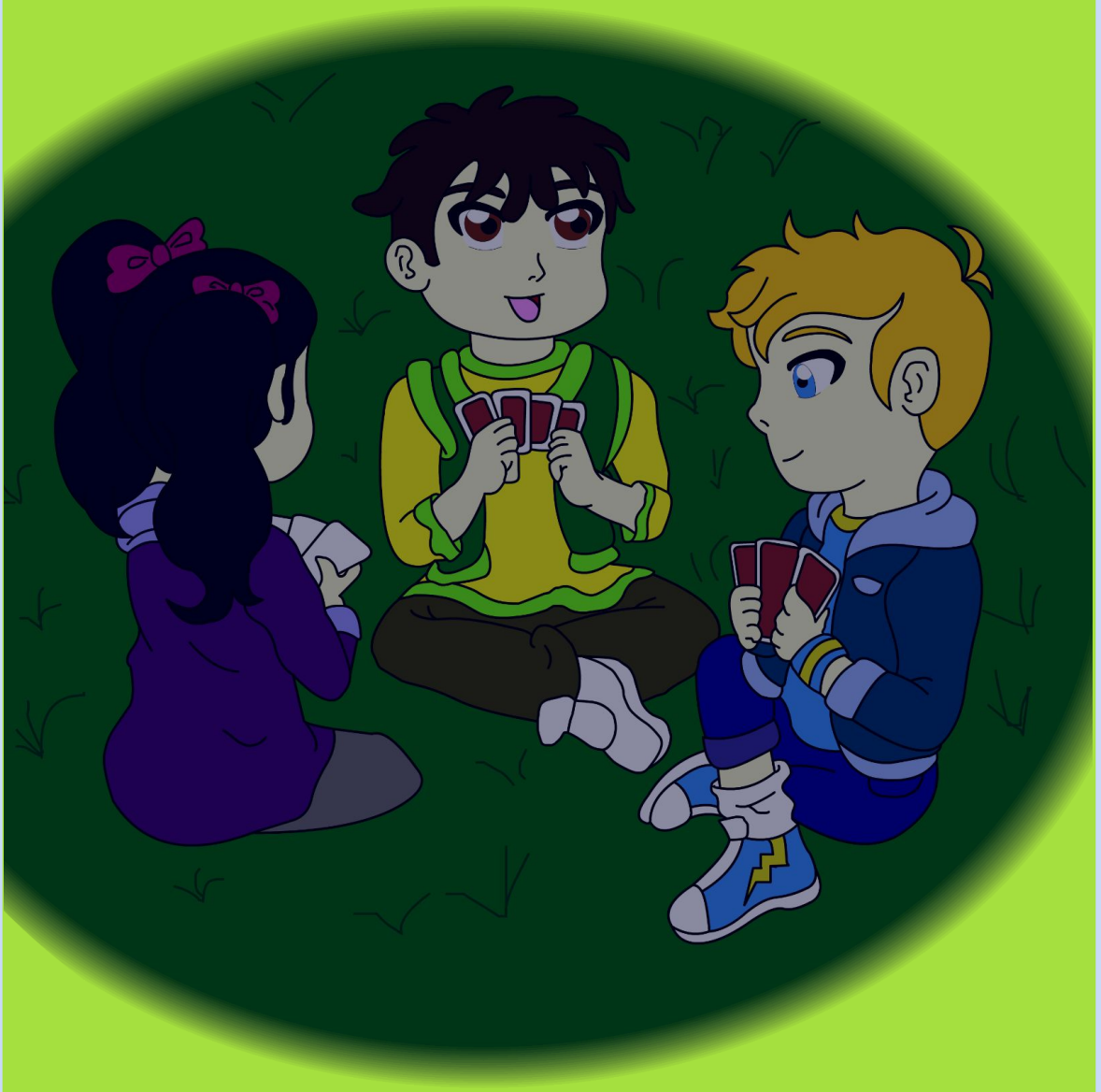
—¡Eso suena increíble! Yo también quiero ser como mi papá, que es veterinario.

Quiero ayudar a que los animales estén sanos y, si se lastiman, puedan recuperarse rápido. Me gustaría unirme a los grupos que rescatan animales en peligro y devolverlos a su hogar, especialmente a los jaguares.

William añadió:

—¡Suena increíble! Yo quiero ser reportero como mi papá, porque él siempre dice que informar es importante para ayudar a las personas a entender lo que pasa en el mundo.

Quiero que mis reportajes ayuden a detener a los cazadores que ponen en peligro a los animales en extinción.



Entonces, Daniel dijo:

—Oigan, parece que a todos nos gustan los jaguares. ¡A mí me encantan por su fuerza y porque son muy elegantes!

Ángela añadió:

—¡Y porque son importantes para muchas culturas! Hay un mito que dice que el jaguar es el guardián de la selva.

William agregó:

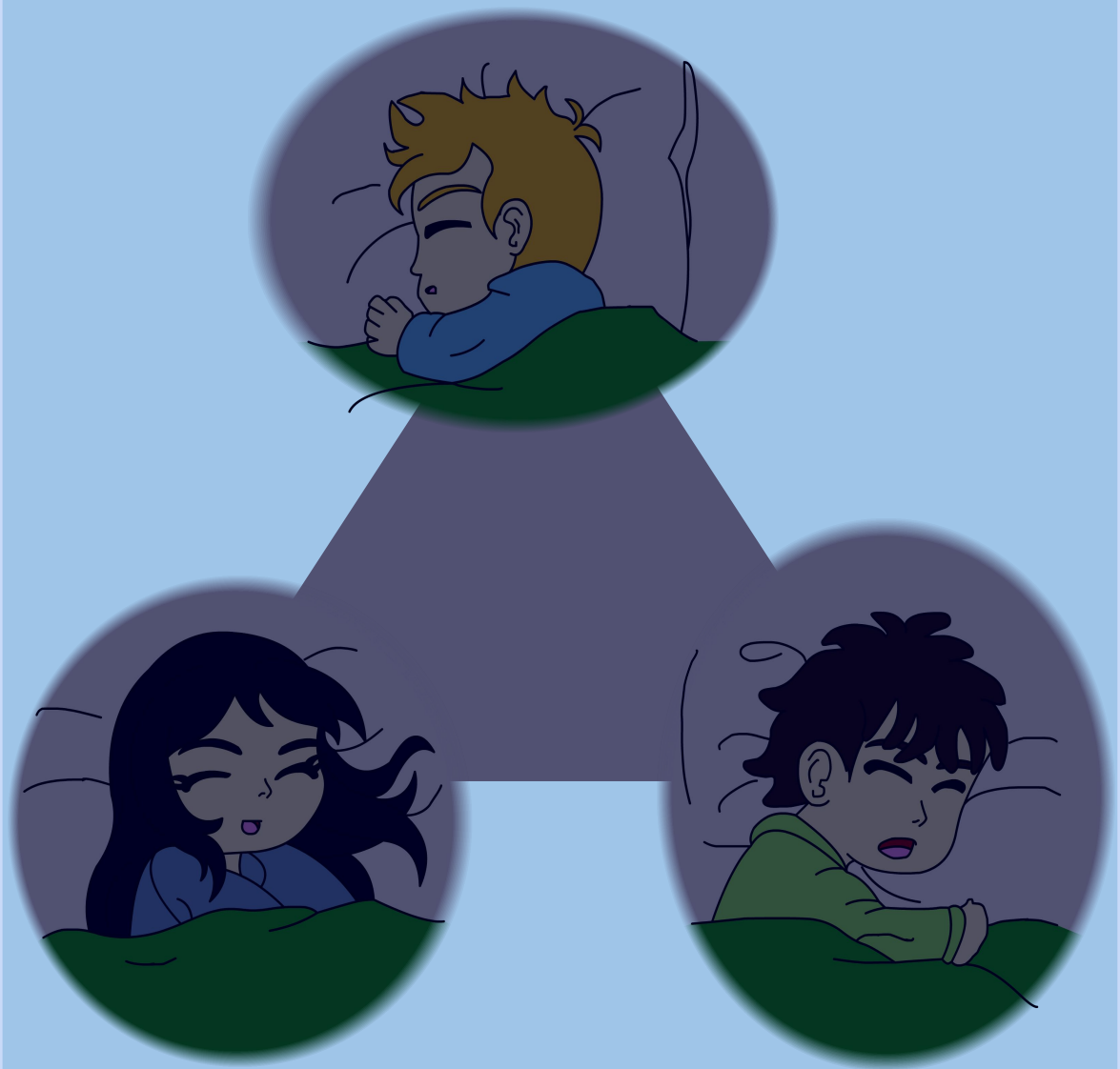
—¡Sí, y se dice que su rugido viene del trueno! ¡Son impresionantes!

Los tres dijeron al mismo tiempo:

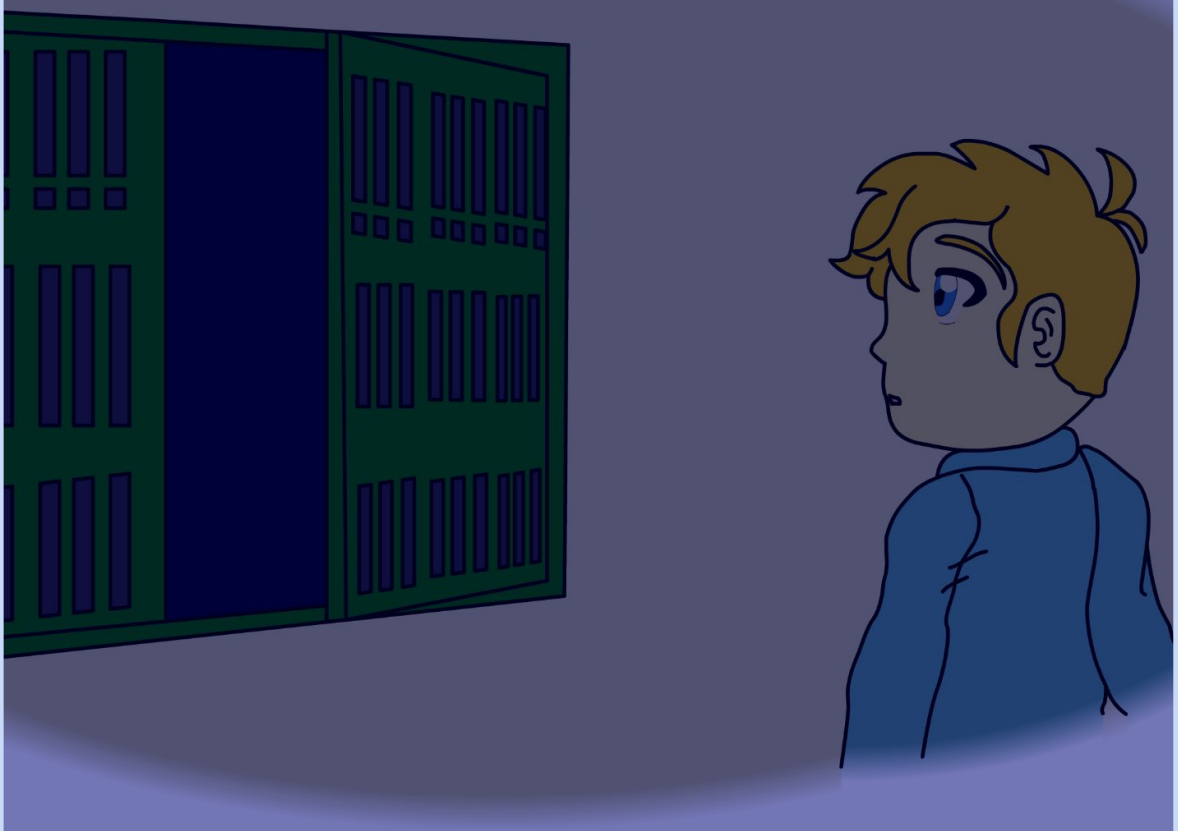
—¡Los jaguares son sorprendentes!

Pronto, sus papás los llamaron para que se fueran a dormir. Se despidieron y acordaron verse al día siguiente para seguir jugando y compartiendo.

Esa noche, cuando el reloj marcó las 2:30 a.m. Todo estaba en silencio en el hotel.



Daniel, que se había despertado un momento, notó que su ventana estaba abierta, así que se levantó para cerrarla.



Justo en ese momento, escuchó un extraño sonido.

Intrigado, decidió investigar qué era.

Salió de su habitación con cuidado, tratando de no hacer ruido para no despertar a nadie.

Siguió el sonido con mucha cautela, usando solo la luz de la luna para ver en la oscuridad.

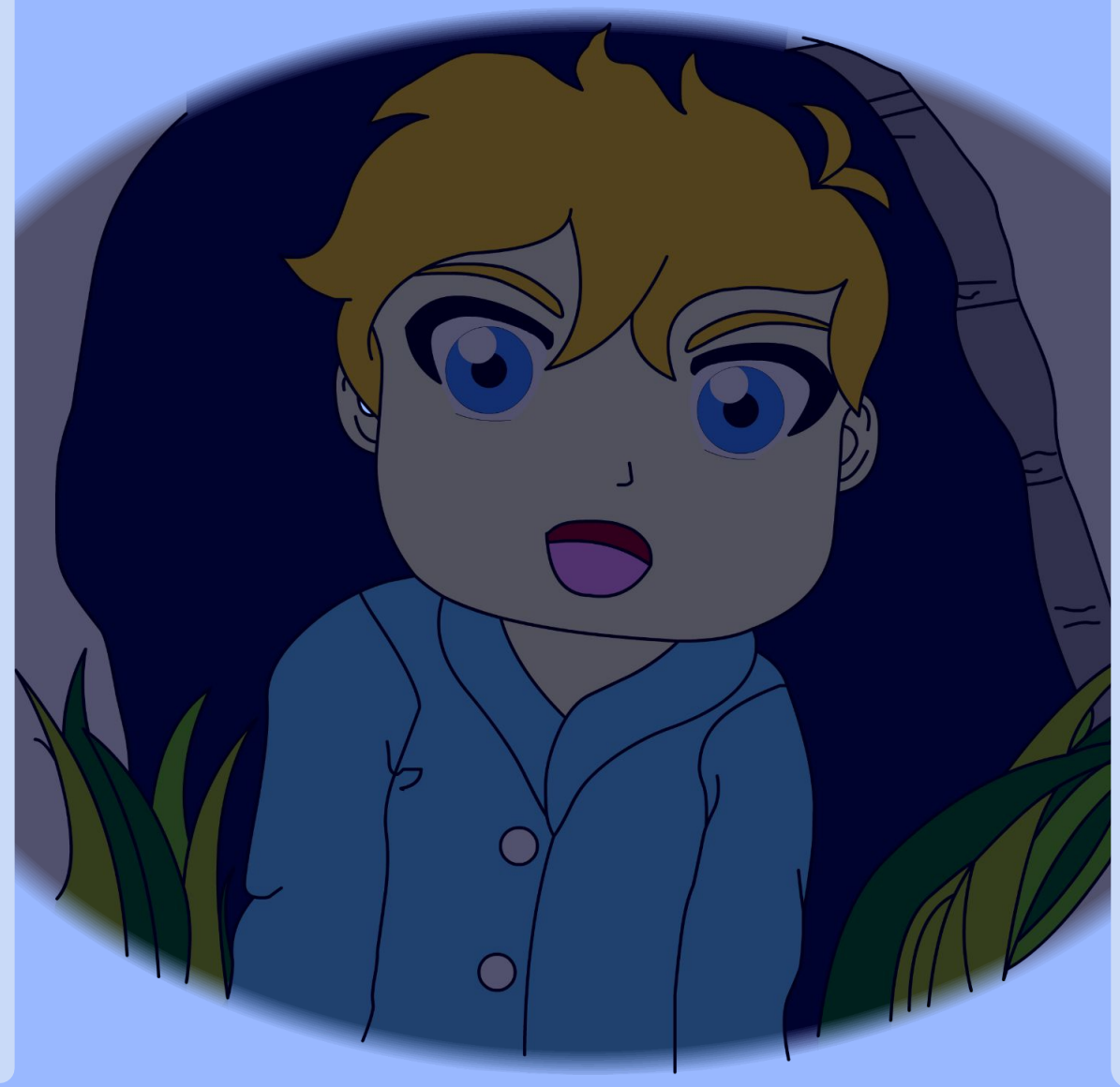
Después de un rato, escuchó el ruido otra vez, pero esta vez más claro.

Venía del bosque, más allá de la reja que rodeaba el hotel.

Entonces, notó algo sorprendente: había un agujero en la pared.

No era muy grande, pero lo suficiente para que él pudiera pasar por ahí.
¿Qué habrá del otro lado? ¿Será el origen de ese sonido misterioso?

Daniel siguió caminando entre las plantas, moviendo las ramas con cuidado para no hacer ruido.
Cuando llegó al otro lado, se detuvo de golpe. ¡No podía creer lo que veía!



Había un pequeño jaguar tirado en el suelo, muy cansado, con una cuerda atada a una de sus patitas traseras y con varias heridas y rasguños en su cuerpo.

Daniel se acercó despacio al jaguarito, que lloraba suavemente de dolor.

Mientras se acercaba, pensó:

"¿Qué te pasó, pequeño amigo? ¿Quién te hizo esto?"

Entonces, con mucho cuidado, Daniel envolvió al pequeño en una manta que traía para protegerlo del frío de la noche y lo cargó en sus brazos.

Notó que la cuerda le había lastimado mucho la pata trasera y que tenía heridas que parecían haber sido causadas por golpes.

Daniel decidió ayudarlo a sanar, pero le preocupaba que, si los adultos se enteraban, podrían llevar al jaguarito a un zoológico o algún lugar donde no fuera feliz.

Así que decidió cuidarlo en secreto.

Buscó un lugar seguro y encontró una bodega detrás del hotel que parecía abandonada. Pensó que allí podría mantener a su nuevo amigo oculto.

Dentro de la bodega, Daniel encontró cojines y mantas. Con ellos, preparó una cama cómoda para que el jaguarito descansara. También halló un botiquín de primeros auxilios para curarle las heridas.

Primero, le quitó la cuerda de la pata para que no le siguiera doliendo. Después, limpió sus heridas y las vendó para que no se infectaran.

Cuando terminó de cuidarlo, Daniel notó que era hora de regresar a su cuarto antes de que sus padres se dieran cuenta de que no estaba. Con mucho cuidado, regresó sin hacer ruido.

Al día siguiente, cuando Daniel despertó, estaba ansioso por ir a ver al jaguarito y asegurarse de que estaba bien.

Se arregló rápidamente, pero justo cuando iba a salir, sus padres lo detuvieron para desayunar juntos en el restaurante del hotel.

Daniel no pudo negarse, porque si se iba sin comer, sus padres podrían sospechar y descubrir su secreto.

Durante el desayuno, su mamá le preguntó:

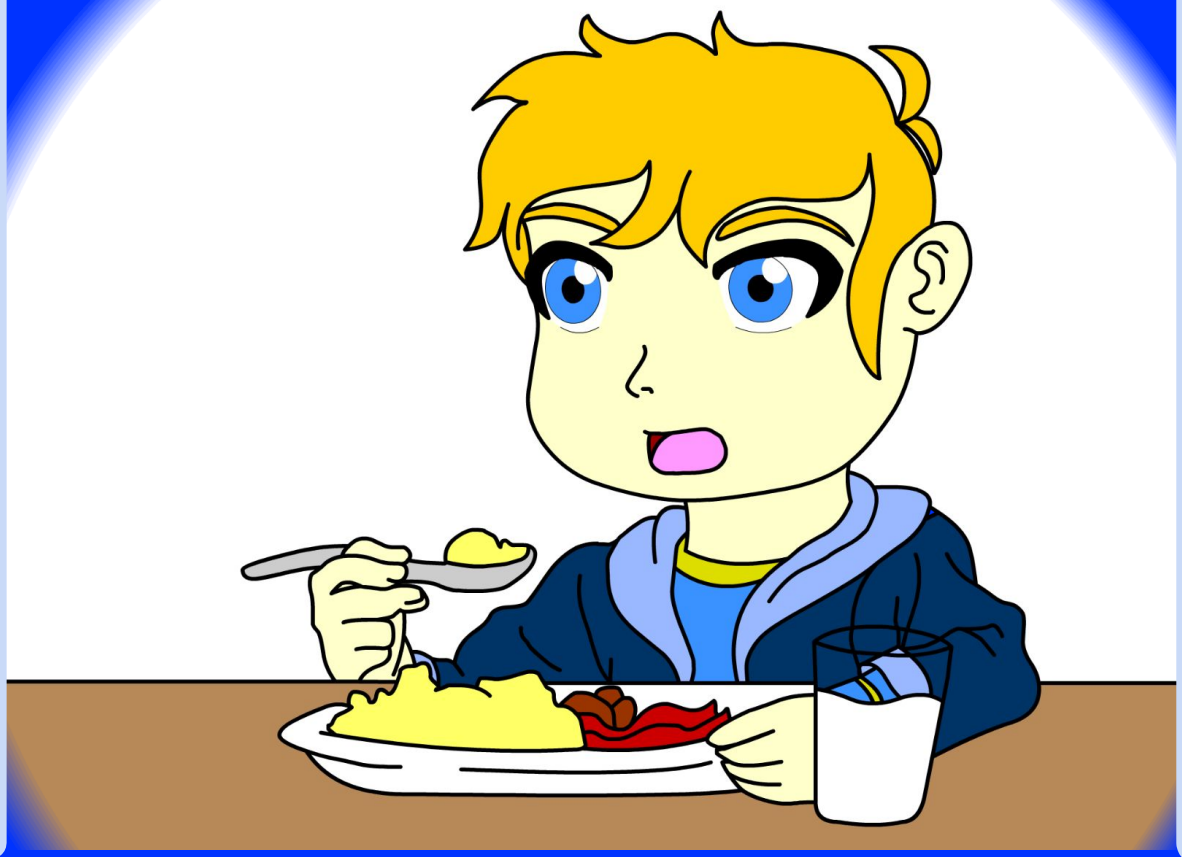
—¿Te gusta este lugar, Daniel?

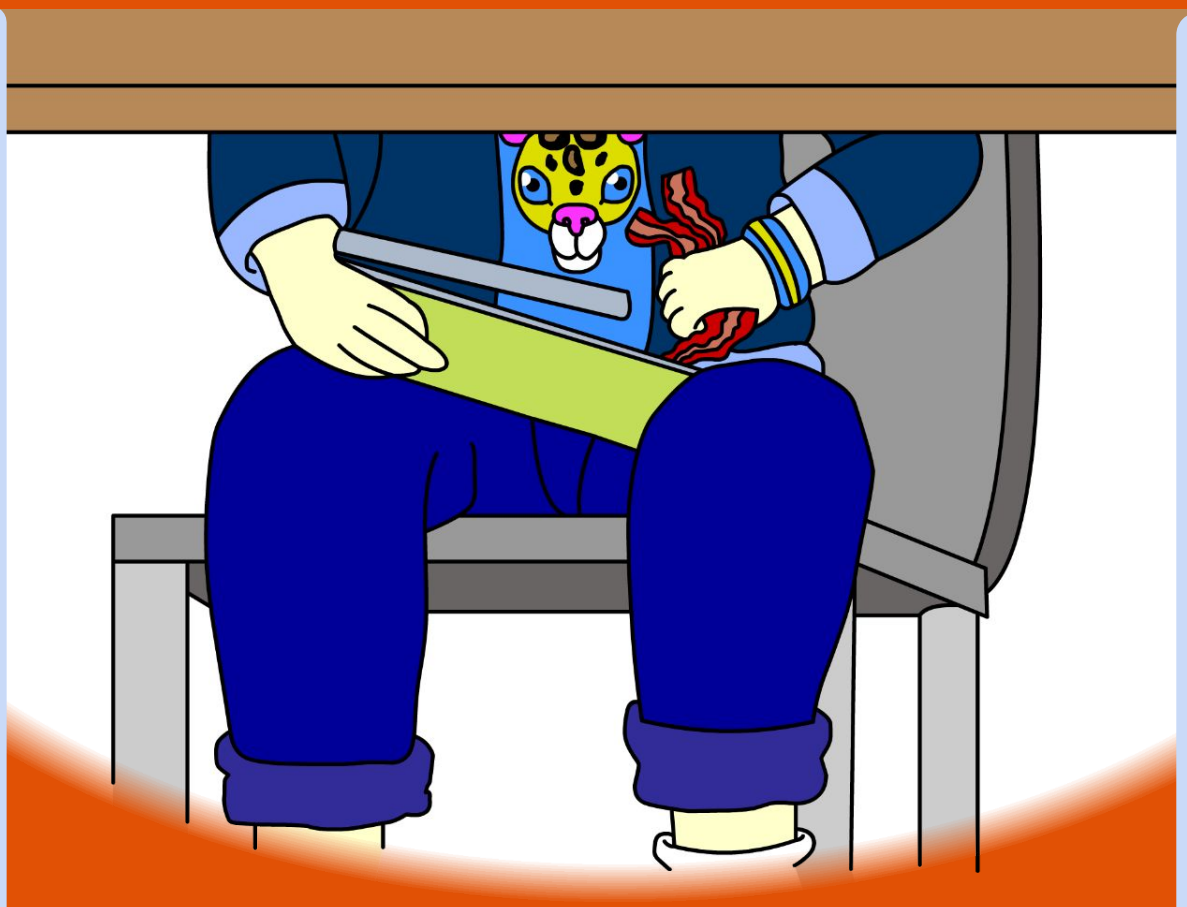
Creo que conociste a unos amigos anoche.

Daniel sonrió y respondió:

—¡Sí! Me divertí mucho con ellos, y quedamos en vernos hoy para jugar.

Aunque intentó disfrutar el desayuno, su mente estaba en el pequeño jaguar.





Aprovechando un momento en que sus padres no miraban, guardó un poco de tocino y leche en un recipiente que llevaba en su mochila, para dárselos al jaguarito más tarde.

Al terminar de comer, pidió permiso para explorar un poco el hotel.

Sus padres estuvieron de acuerdo, pero le recordaron:

—Está bien que explores, pero no te alejes mucho y sigue las reglas del hotel.

Daniel prometió portarse bien y, con una sonrisa, se despidió de ellos.

Sin embargo, mientras se dirigía rápidamente a ver al jaguarito, no se dio cuenta de que alguien lo estaba observando desde lejos.

Daniel llegó al escondite donde estaba el pequeño jaguar y fue corriendo a ver cómo estaba.

Notó que el cachorrito seguía acostado, pero esta vez tenía los ojos abiertos, aunque temblaba un poco.

A pesar de que estaba despierto, el jaguarito aún parecía muy débil, y eso preocupó mucho a Daniel.

De repente, una voz lo sorprendió:

— Pues no creo que le guste la leche normal, ni el tocino estando así de lastimado.

Daniel dio un brinco y se dio vuelta rápidamente, diciendo:

— ¿Qué? ¿Quién está ahí?

Se quedó totalmente asombrado al ver quién era.

Eran Ángela y William, que lo habían visto correr y lo siguieron hasta el escondite, donde lo encontraron cuidando al pequeño jaguar.

Daniel, sorprendido, preguntó:

— ¿Qué hacen aquí? ¿Cómo supieron de este lugar? ¡Ni siquiera los empleados vienen por aquí!

William respondió:

— Te vimos corriendo hacia acá y veníamos a ver si querías jugar con nosotros.

Pero creo que tú eres quien tiene algo que explicar, ¿verdad?

Daniel, entendiendo la indirecta de William, respondió:

— Por favor, no le digan a nadie. Este pequeño estaba muy herido y no sabía qué hacer.

No quería que lo descubrieran, porque temía que lo llevaran a algún zoológico.

Luego, les explicó todo lo que había pasado la noche anterior:

Cómo encontró al pequeño jaguar herido cerca de la reja del hotel y por qué decidió esconderlo para poder cuidarlo.

Ángela sonrió y le dijo:

— Tranquilo, no diremos nada... ¡con una condición!

Que nos dejes ayudarte a cuidarlo. ¿Qué te parece?

William, con una sonrisa, agregó:

— Exacto, ahora somos cómplices en esta misión.

Daniel los miró sorprendido y dijo:

— ¿En serio quieren ayudarme a cuidar al jaguarito?

Ángela y William respondieron juntos:

— ¡Claro!

Daniel suspiró, aliviado, y les dijo:

— ¡Muchas gracias!

Así, los tres amigos decidieron trabajar juntos para ayudar a que el pequeño jaguar se recuperara.

Ángela, usando lo que había aprendido de su papá veterinario, se encargó de traer comida nutritiva para ayudar al jaguarito a sanar.

William trajo mantas y una almohada de su habitación para hacerle una cama suave y cómoda, donde el pequeño podría descansar y mejorar.

Después de unos días de cuidados, los esfuerzos de los niños empezaron a dar frutos.

Un día, el cachorrito comenzó a levantarse por sí solo.

Daniel, Ángela y William estaban muy emocionados al verlo dar sus primeros pasos.

Con el tiempo, el jaguarito incluso empezó a saltar y a correr, recuperándose bien mientras permanecía en su escondite secreto.

Los niños y el jaguar formaron un vínculo especial.

El pequeño jaguar, además de estar más fuerte, se encariñó mucho con ellos por todo lo que habían hecho para ayudarlo.

Todo parecía ir bien, pero había una cosa más importante que les quedaba por hacer: el paso final para quienes rescatan a un animal salvaje.

Una noche, los niños se reunieron para jugar con el jaguarito en secreto, mientras sus padres ya dormían.

Pero, de repente, el cachorrito empezó a inquietarse.

Caminaba de un lado a otro, miraba la puerta, y se acercaba a ellos como queriendo decirles algo.

William observó y dijo:

— Creo que quiere irse.

Ángela asintió y comentó:

— Sí, ya está fuerte y, además, sigue siendo solo un bebé. Probablemente extraña a su familia.

Los niños entendieron que era hora de decir adiós a su amigo y ayudarlo a regresar a su hogar en el bosque.

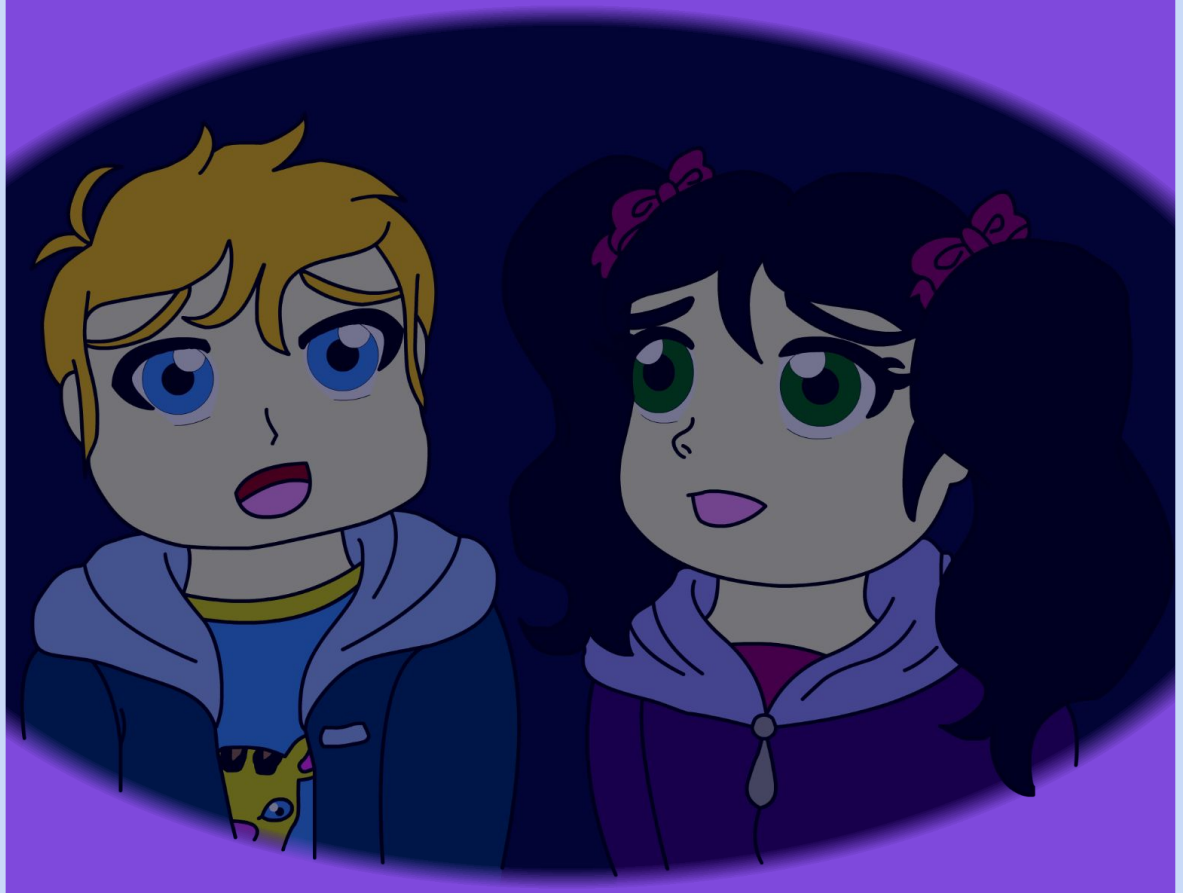
Daniel miró al cachorro con preocupación, pero también con una sensación de que era el momento correcto.

Ya había pasado mucho tiempo cuidándolo, y sabía que era hora de devolverlo a su hogar, al bosque donde pertenecía. Sin embargo, al recordar lo que había dicho Ángela sobre no ponerle nombre, Daniel asintió triste, pensando que eso era lo mejor para él.

—¿Sabes? —dijo Daniel mientras preparaba todo para su viaje—, ahora que lo pienso, no le pusimos nombre. Tal vez eso estaba bien para que no se encariñara con nosotros. Aunque, debo admitir, me va a costar decirle adiós.

Ángela sonrió suavemente y contestó:

—Sí, yo también lo extrañaré. Fue hermoso ayudarlo a sanar, pero ahora lo mejor es que regrese con su familia. Así vivirá una vida feliz y libre.



Los tres amigos recogieron lo que necesitarían para el viaje, como linternas y algo de comida, para asegurarse de que el pequeño jaguar tuviera lo necesario para regresar a su hogar. Todo estaba listo, y con una última mirada al cachorro, comenzaron la misión final.

Cuando llegaron a la reja del hotel, donde Daniel había encontrado al jaguar, el cachorro pareció recordar el camino.

Caminaron juntos en silencio, el pequeño jaguar al frente, pero siempre mirando hacia atrás para asegurarse de que sus nuevos amigos lo seguían.

El viaje parecía ir bien hasta que, de repente, el cachorro se detuvo frente a una pared de piedra cubierta de plantas.

Los niños se miraron confundidos.

—¿Se habrá perdido? —preguntó William.

Antes de que pudieran decir más, escucharon un ruido extraño, como si un motor estuviera encendiéndose cerca.

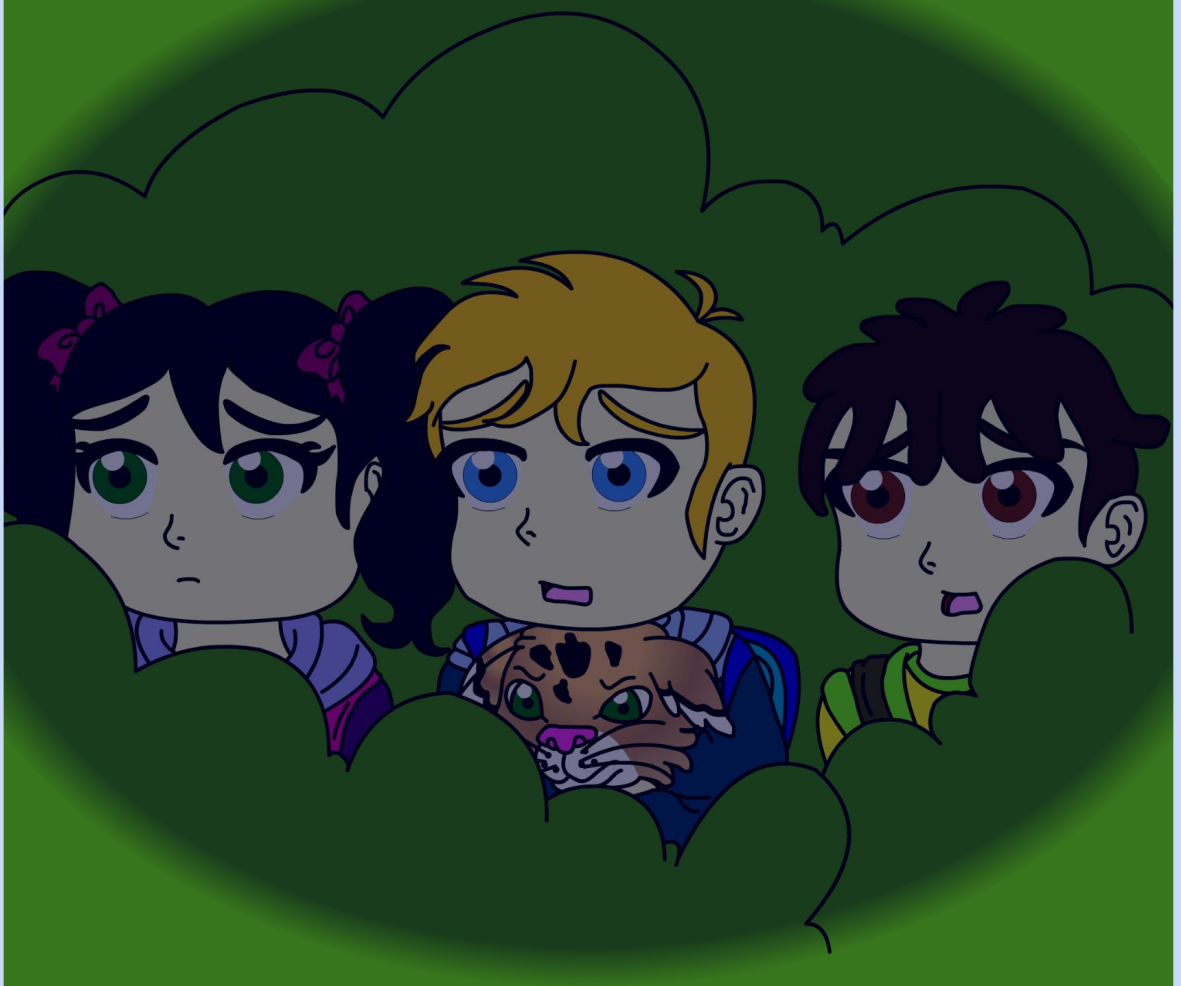
Daniel miró a los demás.

—¿Escucharon eso? —preguntó, sobresaltado.

Ángela, con preocupación, les hizo una señal para que se escondieran.

—¡Rápido! ¡Podemos ser vistos!

VROOOOM



Los niños se agacharon y, con el cachorro en brazos, se escondieron entre los arbustos.

Poco a poco, el sonido fue acercándose hasta que apareció una camioneta de caza.

El hombre que la conducía tenía una mirada fría y aterradora, y parecía estar llevando herramientas para cazar animales.

—¡Ese es "el cazador de las sombras"! —dijo William en voz baja—.

Es conocido por cazar especies en peligro de extinción, pero siempre se escapa cuando intentan atraparlo.

¡No puedo creer que esté aquí!

Daniel se sintió horrible por no haberse dado cuenta antes de que el cachorro había escapado de este hombre.

Sin embargo, Ángela y William lo tranquilizaron.

—No te preocupes, Daniel —dijo Ángela—, todos cometemos errores.

Lo importante ahora es que sabemos qué hacer.

William añadió: —Sí, este error es de todos.

Vamos a corregirlo juntos.

Después de un momento de reflexión, decidieron actuar con calma.

Sin embargo, al mirar alrededor, se dieron cuenta de que el cachorro había desaparecido mientras hablaban.

Corrieron tras él y, al llegar a una cueva secreta, encontraron una escena que les heló la sangre: enjaulados, había muchos animales de la fauna colombiana, todos heridos y debilitados.

Los tres amigos se quedaron sin palabras, horrorizados al ver el sufrimiento de los animales que estaban allí.

El pequeño jaguar había llevado a los niños hasta la cueva donde estaban los animales que el cazador había capturado.

Sabían que tenían que hacer algo rápidamente para salvarlos, pero aún no sabían qué.

El pequeño jaguar se acercó a una jaula donde había una jaguar adulta y dos cachorros, que parecían ser su mamá y sus hermanitos.

Los niños se acercaron y vieron que la mamá y los otros cachorros estaban heridos y tan cansados que apenas podían mantenerse de pie.

Sus ojos reflejaban la tristeza de haber sido capturados y separados de su hogar.

De repente, los niños escucharon pasos acercándose.

Asustados, tomaron al pequeño jaguar y se escondieron rápidamente detrás de unas cajas.

Con el corazón latiendo rápido, intentaron no hacer ruido mientras el cazador entraba en la cueva.

Desde su escondite, escucharon lo que el cazador decía por su radio.

El hombre dijo:

—Sí, tengo todos los animales que me pidieron, y me aseguré de no lastimarlos demasiado. Sus pieles están perfectas para vender. Espera a verlos, te aseguro que nadie podrá resistirse... ¿Qué opinas? Conseguí jaguares, una mamá y sus cachorros.

Uno se escapó, pero no importa, no sobrevivirá sin su mamá. Como dicen, solo el más fuerte sobrevive.

Ven por ellos mañana, cuanto antes tenga el dinero, mejor.

Los niños estaban horrorizados al escuchar esto.

—¡Es terrible! —dijo Daniel, furioso—.

¿Cómo puede hacer eso? Estos animales están en peligro de extinción.

Si sigue, muchos más estarán en peligro.

—Es horrible —dijo William, asintiendo—.

Y lo peor es que hay muchos humanos como él.

Solo les importa el dinero, sin pensar en las consecuencias.

—No lo vamos a dejar ganar —dijo Ángela con decisión—.

Tenemos poco tiempo, pero debemos hacer algo.

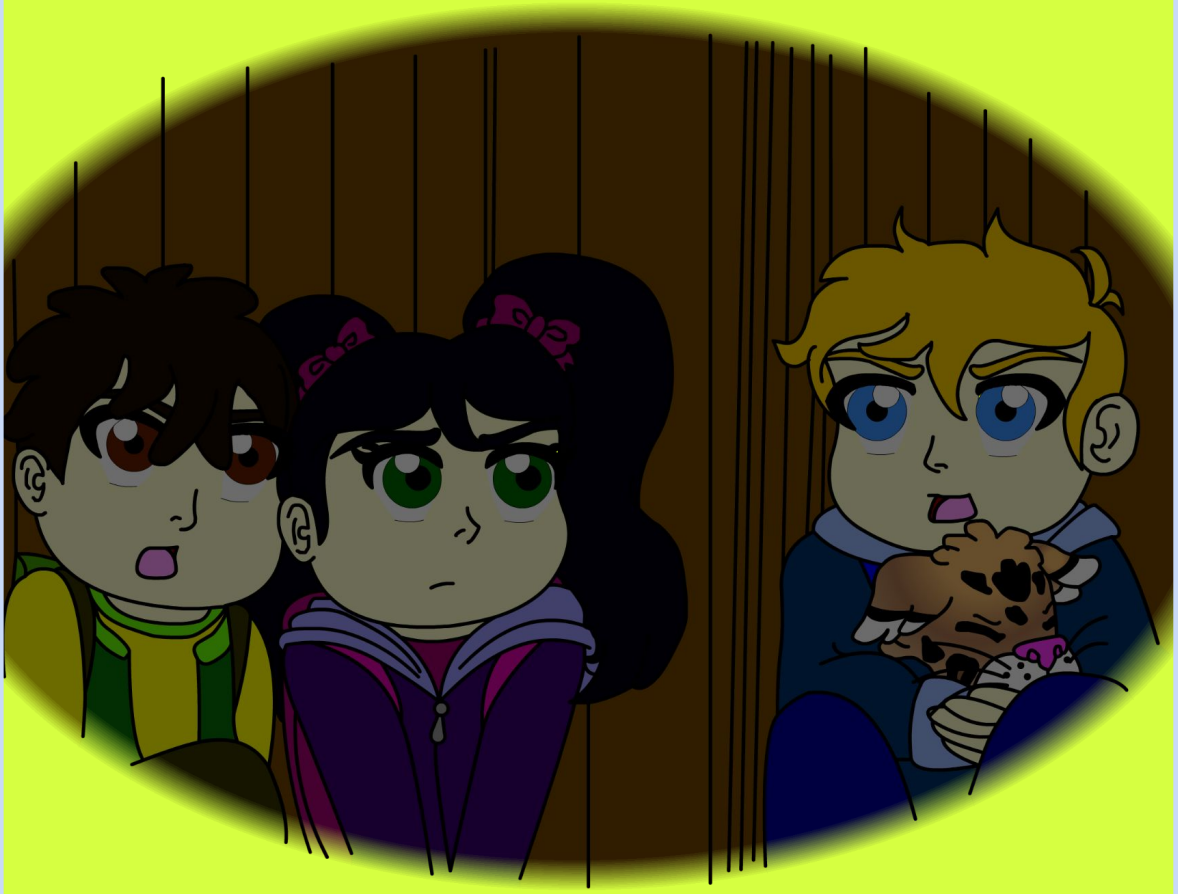
No podemos quedarnos de brazos cruzados.

Con la determinación de ayudar a los animales, los niños decidieron liberar a los animales atrapados.

Planearon tomar las llaves de las jaulas del cazador y usar su radio para pedir ayuda, indicándole a las autoridades dónde estaban.

Esperaron pacientemente hasta que el cazador se quedó dormido.

Cuando finalmente estaba profundamente dormido, los niños empezaron a llevar a cabo su plan con mucho cuidado, sabiendo que cada paso era importante para salvar a los animales y evitar que los atraparan.



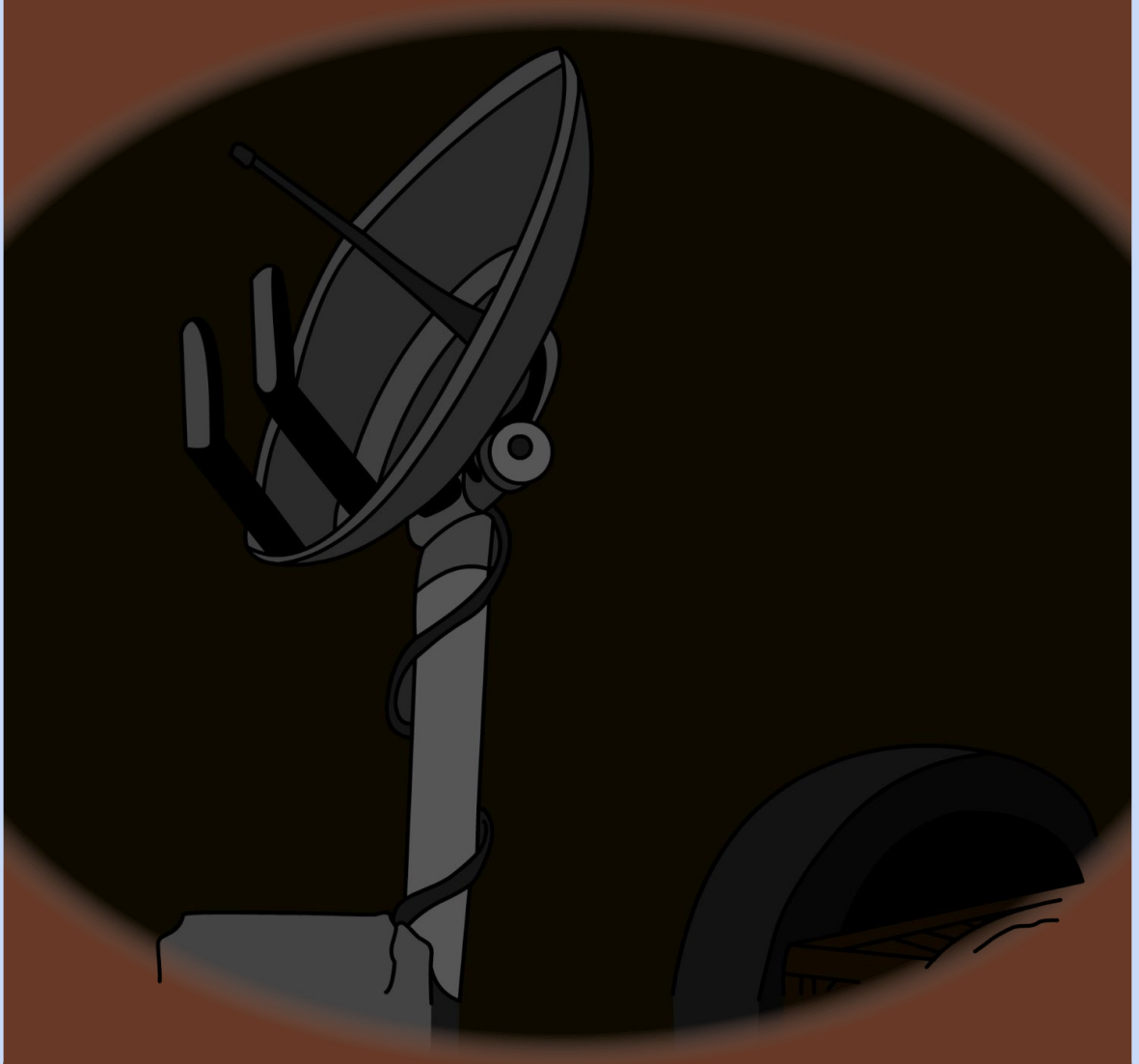
Primero, se dieron cuenta de que necesitaban pedir ayuda.

Encontraron el radio del cazador y enviaron una señal de socorro, con la esperanza de que llegara al pueblo más cercano para alertar a las autoridades.

Pero pronto se dieron cuenta de que la señal era débil.

Para mejorar la señal, conectaron el radio a una antena del vehículo del cazador.

Luego, lo cubrieron con una manta para que el cazador no lo encontrara si se despertaba.



Con la primera parte del plan lista, los niños pasaron a la siguiente: conseguir las llaves y liberar a los animales de las jaulas.

Sin embargo, cuando estaban a punto de continuar, escucharon unos gemidos.

Preocupados, se escondieron entre las cajas para ver qué pasaba. Era el perro del cazador, que había olido su presencia y comenzó a ladrar.

El cazador despertó rápidamente. —¿Qué pasa, Tiberius? —preguntó el cazador—.

¿Encontraste algo?

El perro señaló con su pata hacia donde los niños se escondían.

El cazador empezó a acercarse lentamente.

Los niños, aterrados, se quedaron quietos, pensando que todo había terminado.

Daniel pensó:

—Así termina, no puede ser. Realmente pensé que lo lograríamos, que podríamos salvar a estos animales.

Ángela pensaba:

—¡Esto es terrible! Seremos atrapados, y todos estos animales serán vendidos como mercancía.

¡Que frustrante!

William también estaba preocupado:

—No quiero que esto termine así. ¡No puede ser! Si tan solo tuviéramos una oportunidad, podríamos hacerlo. Sé que podemos salvarlos.

Cuando parecía que los niños iban a ser atrapados, el pequeño jaguar salió corriendo hacia el cazador para distraerlo.

Los niños intentaron detenerlo, pero fue en vano.

El jaguar corrió directamente hacia el cazador, que, sorprendido, lo atrapó de inmediato.

Los corazones de los niños se hundieron al ver cómo su pequeño amigo caía en las manos del cazador.

El perro del cazador atrapó al pequeño jaguar y lo llevó junto al cazador, quien lo reconoció.

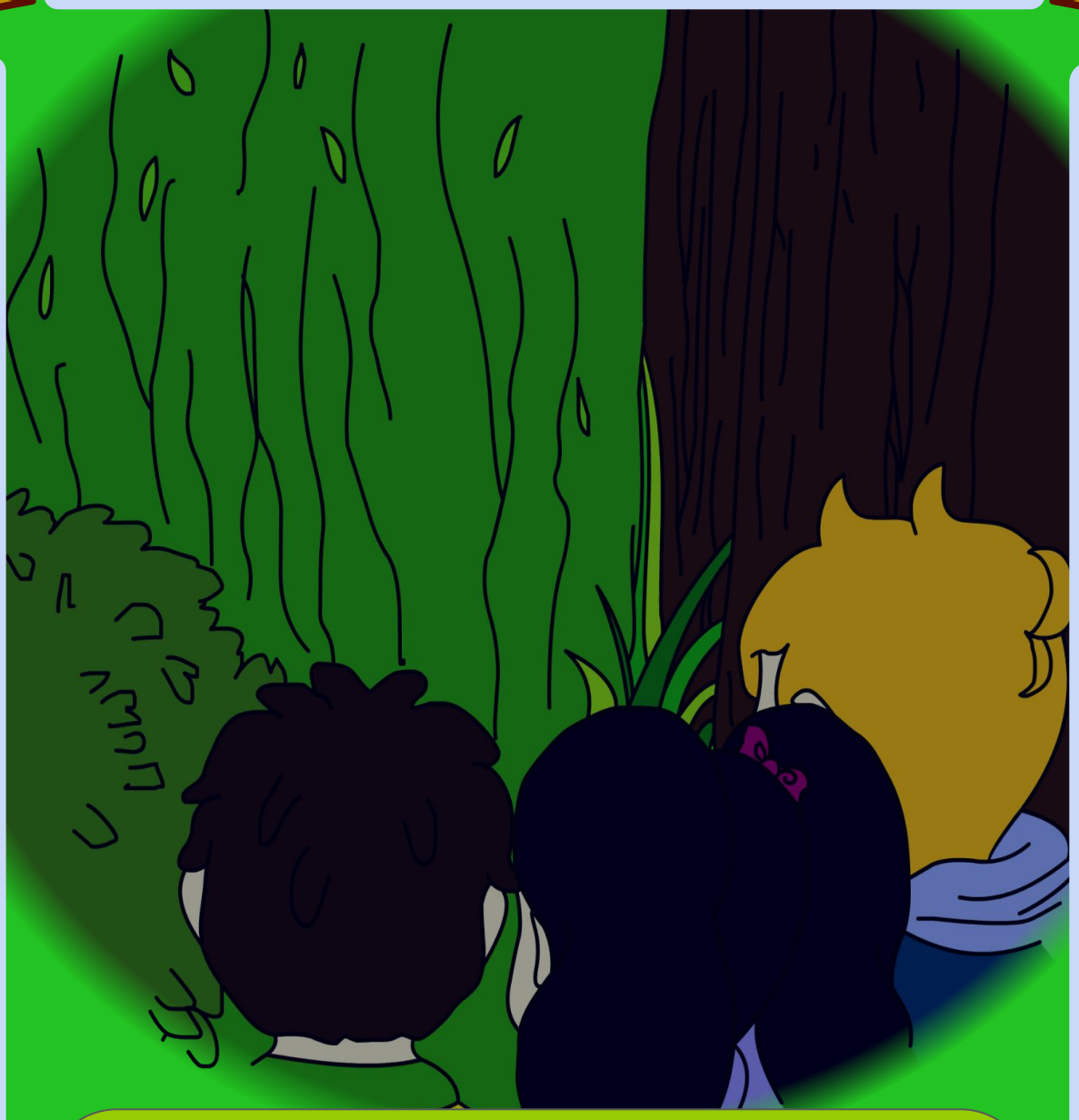
—Ah, eres tú —dijo el cazador con una sonrisa cruel—.

Sigues vivo, que sorpresa.

Eres más fuerte de lo que pensaba, pero cometiste un error al volver aquí.

No te preocupes, estarás con tu mamá y tus hermanos esta noche, su última noche.

Con esas palabras, el cazador se llevó al pequeño jaguar, y los niños sintieron que habían fallado en su misión de salvarlo.



Los niños, al ver lo que había pasado, salieron del escondite y se ocultaron entre los arbustos fuera de la cueva.

Se sentían muy tristes, pero sabían que debían actuar rápido para intentar salvar al pequeño jaguar y a su familia antes de que fuera demasiado tarde.

El cazador decidió quedarse despierto hasta que llegaran las personas que comprarían a los animales, para asegurarse de que todo saliera bien.

Se sentó en una silla cerca de las jaulas y vigilaba a los animales con mucha atención.

Mientras los niños estaban escondidos, un poco tristes,

William dijo: “Aunque lleguen las autoridades por nuestro mensaje, no creo que lleguen a tiempo.

Para cuando lleguen, puede ser demasiado tarde para salvar a los animales.”

Daniel, aunque también preocupado, sabía que aún quedaba algo de tiempo.

“¡Pero aún podemos intentar algo!

Y miren lo que tengo aquí”, dijo, mostrando las llaves de las jaulas. Justo cuando el perro del cazador se acercó, Daniel había logrado tomar las llaves que el cazador había dejado sobre la mesa. “¡Tenemos las llaves!

Ahora podemos liberar a los animales. Solo necesitamos un plan para distraer al cazador y alejarlo de las jaulas.”

William pensó un momento y dijo:

“Olvidas algo. También tenemos que preocuparnos por el perro. Aunque logremos escondernos del cazador, su perro puede olernos fácilmente. ¿Qué haremos con eso?”

Ángela añadió:

“Es cierto. El cazador está despierto para asegurarse de que todo esté bien. Será difícil liberar a los animales.”

Entonces Daniel tuvo una idea.

Tomó algunas hojas de las plantas que cubrían la cueva y les dijo:

“Frotémonos con esto. Así, nuestro olor se confundirá con el de las plantas y el perro no podrá detectarnos.”

Con eso, solo faltaba un plan para distraer al cazador y alejarlo de las jaulas para poder liberar a los animales.

Justo cuando pensaban en cómo hacerlo, escucharon unos crujidos y pasos acercándose.

Asustados, los niños pensaron que tal vez era el cazador, su perro, o hasta un animal peligroso.

Se quedaron quietos, pero cuando vieron quién venía, no lo podían creer.

De entre los arbustos salió Alejandro, el hermano mayor de William, quien había estado siguiéndolos. Él se había quedado atrás mientras los niños iban tras el cachorro.

Al ver a su hermano y a sus amigos en problemas, Alejandro se acercó rápidamente, preocupado.

William le preguntó:

“¿Qué haces aquí?” Alejandro respondió: “

Te vi salir con una mochila llena y pensé que algo pasaba. Pero esto es más de lo que imaginaba.

¡Se escaparon del hotel de noche, entraron al bosque sin un adulto y tienen un cachorro de jaguar! Si los atrapan, tendrán muchos problemas.”

William, preocupado, dijo:

“Lo sabemos, pero tenemos que ayudar a esos animales. ¡El cazador vendrá pronto!”

Daniel explicó:

“Sabemos que no debimos irnos así, pero queríamos ayudar al jaguar a regresar con su familia.”

Ángela añadió:

“Exacto. Si no lo hubiéramos hecho, el pequeño ya no estaría aquí. Cuando lo encontramos, estaba muy mal, y si alguien más lo hubiera encontrado, ya sería demasiado tarde.”

William le dijo a su hermano:

“No debimos actuar solos, pero teníamos que hacer algo. No nos vamos a disculpar por intentar ayudar a quien lo necesita.”

Alejandro, viendo lo decididos que estaban y lo que realmente querían hacer, les dijo:

“Bueno, por ahora, ¿por qué no me cuentan bien qué pasa? Los ayudaré para que podamos volver rápido.”

William, sorprendido, le preguntó: “¿En serio, hermano? ¿Nos vas a ayudar?”

Alejandro sonrió y respondió: “Sí, les ayudaré. Esto será más fácil, y además, eres mi hermano y te voy a apoyar.”

William, muy contento, corrió a abrazar a su hermano. "¡Muchas gracias, hermano!

No sabes lo importante que es para nosotros que nos ayudes."

Alejandro, sonriendo, le devolvió el abrazo y dijo: "De nada, hermanito. Pero prométeme que nunca más volverás a escaparte así sin avisar a nuestros padres. No puedes andar por ahí arriesgándote de esta manera, ¿de acuerdo?"

William asintió, aún abrazado a su hermano, feliz de que ahora tenían una oportunidad real para salvar a los animales.

Alejandro, después de escuchar todo lo que había pasado, tuvo una idea y dijo:

“Parece que el cazador está más interesado en los jaguares, porque tiene más de uno.

Si logramos hacerle pensar que hay otro cerca, probablemente intentará atraparlo.”

William, un poco confundido, le preguntó:

“Sí, tienes razón, pero ¿cómo vamos a encontrar un jaguar ahora? Ni siquiera pudimos salvar al que teníamos.”

Alejandro sonrió con seguridad y dijo:

“No necesitamos un jaguar, tenemos esto.”

Sacó su celular y, con un gesto cómplice, reprodujo el rugido de un jaguar.

“Mi mamá montó una exhibición de animales salvajes,” explicó, “y grabó los sonidos de algunos de ellos. Esta es uno de esos grabaciones.”

Ángela, al instante, se iluminó. “¡Entonces podemos hacerle creer al cazador que hay otro jaguar cerca!”

Alejandro asintió con determinación:

“Exacto. Mientras lo distraigo y lo alejó de la cueva, ustedes aprovechan para liberar a los animales.”

Daniel rápidamente le pasó las plantas que habían recogido y le explicó:

“Debes frotártelas como nosotros para que el perro no te huela.”

Alejandro, comprendiendo la urgencia, tomó las plantas y se las frotó, preparándose para llevar a cabo el plan.

Con el corazón latiendo rápido, Alejandro puso el volumen al máximo y reprodujo el rugido del jaguar.

El sonido resonó en el aire, y, al instante, el cazador lo reconoció.

El hombre reaccionó rápidamente, tomando su rifle y llamando a su perro, convencido de que el jaguar estaba cerca.

El plan estaba funcionando: el cazador dejó la cueva y Alejandro comenzó a alejarse lo más rápido posible para asegurarse de que el cazador lo siguiera.

La primera parte del plan había sido un éxito, pero aún quedaba lo más importante: liberar a los animales.

Con el amanecer acercándose, los niños sabían que no tenían tiempo que perder.

Aunque el cazador estaría enfocado en los jaguares, regresaría rápidamente antes de que llegaran sus socios. Necesitaban actuar ahora.

Uno por uno, los niños abrieron las jaulas, liberando a los animales que rápidamente corrieron hacia el bosque, donde, por fin, encontrarían la libertad.

Aunque cansados, los animales estaban lo suficientemente saludables como para huir sin problema.

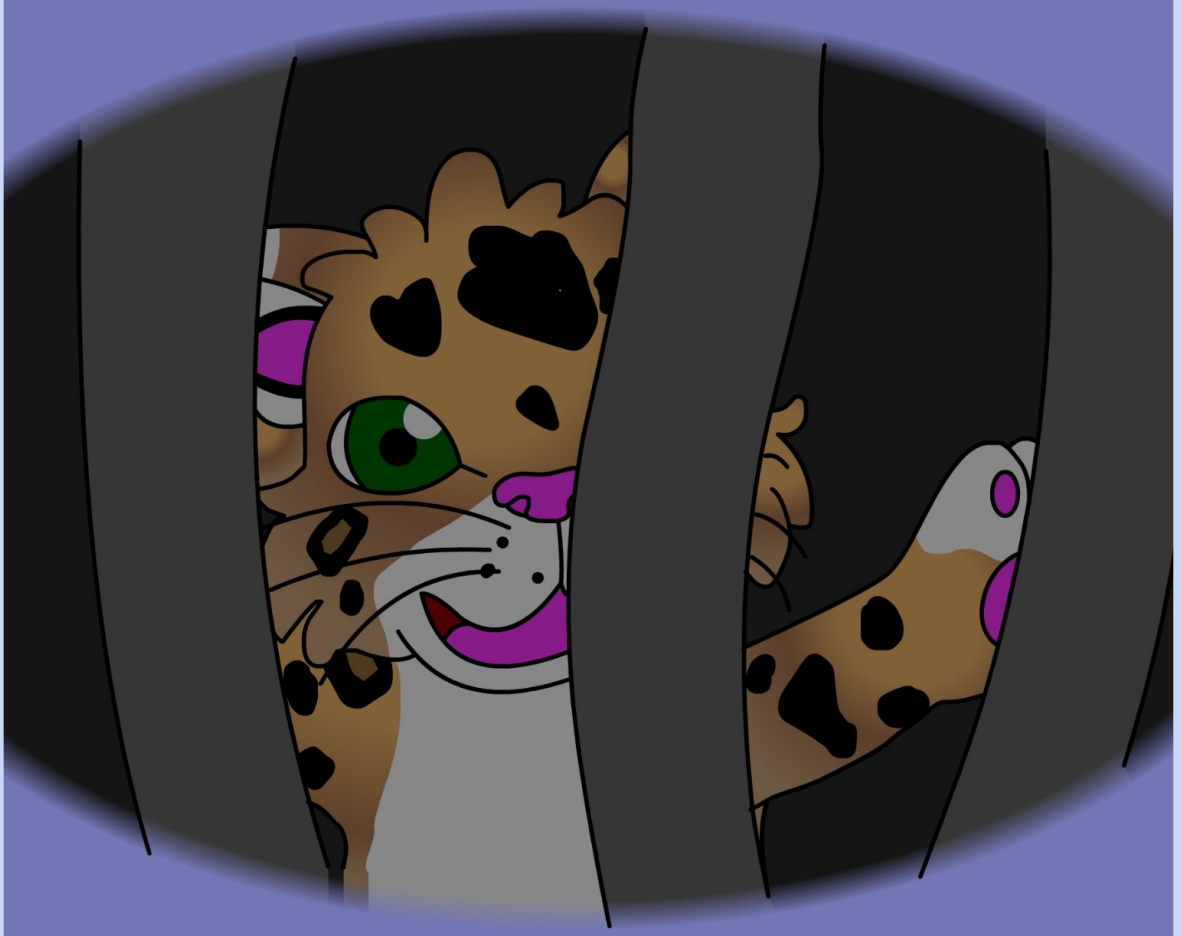
Así, todos los animales lograron escapar sin contratiempos.

El trabajo estaba casi terminado; solo quedaba abrir la última jaula: la de la familia del pequeño jaguar.

La madre y sus cachorros, aunque asustados, se sintieron más tranquilos al ver al pequeño jaguar.

El cachorro, al ver a sus amigos, ayudó a calmar a su madre y a sus hermanos, dándoles el valor necesario para afrontar ese momento tan crítico.

Con una última mirada de confianza, los niños se prepararon para liberar a la familia jaguar.



Al abrir la jaula, la madre jaguar salió primero, asegurándose de que todo estuviera bien. Luego, hizo una señal a sus cachorros para que salieran también.

Con determinación, la madre se acercó a la salida de la cueva, lista para verificar que el camino estuviera despejado. Sin embargo, lo que nadie había anticipado era que el cazador, que había regresado, estaba esperándola afuera.

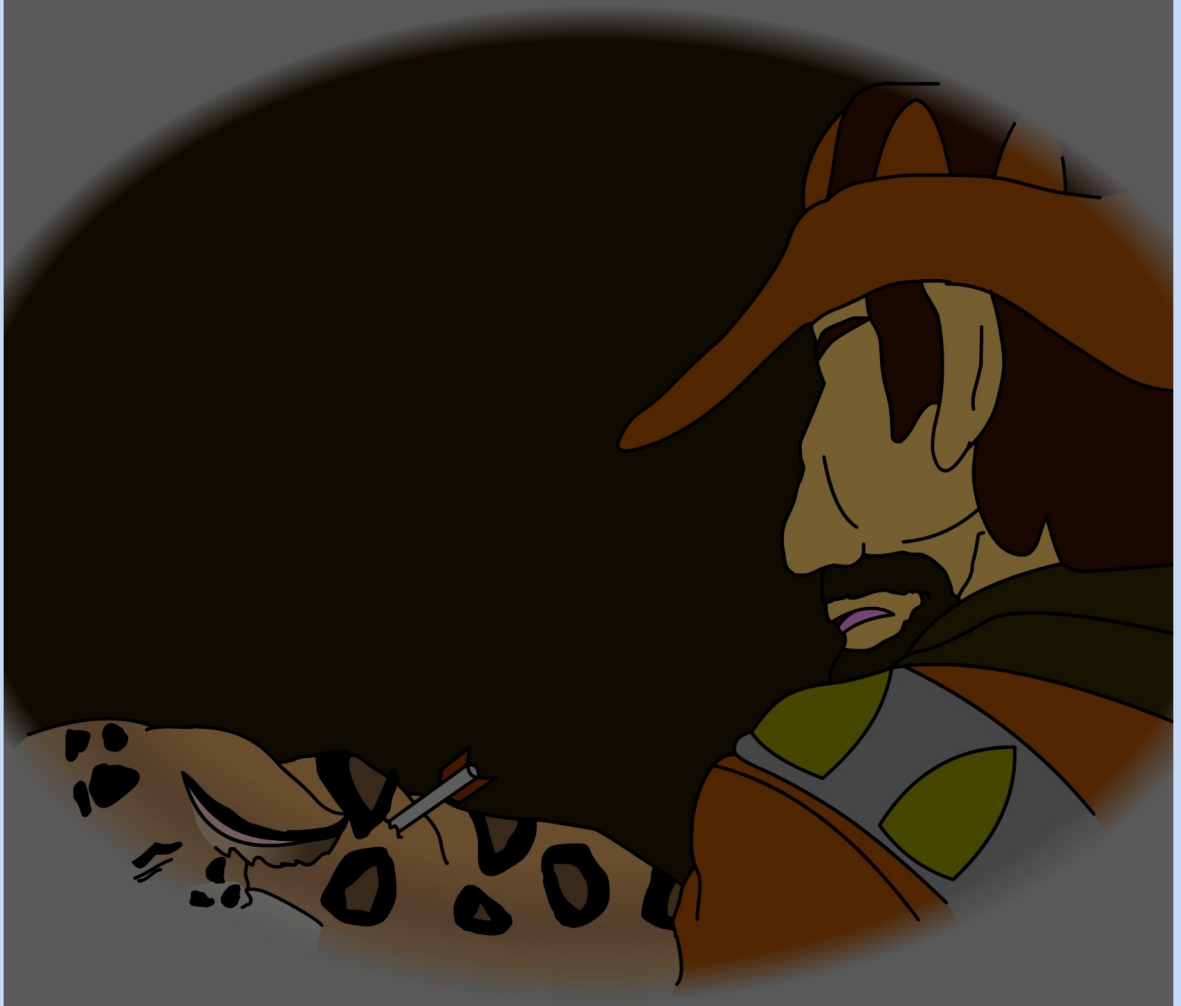
Cuando la jaguar salió al exterior y se internó entre las plantas, el cazador la sorprendió.

Sin previo aviso, disparó un dardo tranquilizante que impactó en una de las patas de la madre jaguar.

La herida la hizo caer al suelo, incapaz de levantarse.

El cazador se acercó rápidamente, atando sus patas para que no pudiera moverse, y le dijo:

“No sé cómo lograste escapar, pero créeme, esto no volverá a pasar.”



Mientras el cazador se concentraba en controlar a la madre jaguar, los niños aprovecharon la oportunidad. Cada uno tomó un cachorro y salió corriendo rápidamente, sin que el cazador se diera cuenta.

Con suerte, lograron rescatar a los cachorros y a los otros animales, pero aún quedaba un desafío mayor: salvar a la madre jaguar antes de que el cazador la atrapara y la llevara lejos para siempre.

Para empeorar las cosas, el amanecer traía consigo a los socios del cazador, que esperaban llevarse a los animales.

Pero la sorpresa fue grande cuando el cazador les explicó que, de alguna manera, los animales habían escapado, aunque no sabía cómo había sucedido.

La buena noticia era que había logrado capturar a la madre jaguar y, confiado, les dijo a sus socios: “Vamos a empezar con ella.

Tuve que dispararle, así que sería mejor que la tratemos ahora, antes de que su piel se manche y no podamos venderla bien.

Prepárense, vamos a dormirla y empezar a quitarle la piel y los colmillos.”

Los niños, que habían escuchado todo, sabían que no podían quedarse de brazos cruzados.

William, preocupado, dijo:

“Si las autoridades aún no han llegado, ¿qué podemos hacer ahora? Si no actuamos rápido...”

Ángela, de repente, recordó algo y exclamó:

“¡Tengo una idea! Cuando tomamos las llaves del cazador, también recogí algunas cuerdas y redes. Pensé que podrían ser útiles.”

Daniel agregó rápidamente:

“Sí, podríamos usarlas para hacer trampas y atrapar a los cazadores. Recuerden lo que dijo sobre los cachorros; podemos usarlos para engañarlos.

Cada uno lleva un cachorro a una trampa, alejándolos de la madre y asegurándonos de que caigan en las redes.”

Con el plan de acción en mente, los tres niños se prepararon para la última parte de la operación.

Con todo listo, cada uno de los niños colocó una trampa en diferentes direcciones, asegurándose de que fueran simples pero efectivas para actuar rápidamente.

Cuando todo estuvo en su lugar, se dispusieron a poner en marcha su plan.

Cada niño abrazó con fuerza a un cachorro de jaguar y les dijo con confianza:

“No se preocupen, lo lograremos. ¡Salvaremos a su madre y todos podrán estar juntos y vivir libres!”

Con valentía, los niños comenzaron su plan.

Aparecieron frente a los cazadores, cada uno con un cachorro en sus brazos, y gritaron con firmeza:

"¡Oigan, ya basta! Si tanto quieren a los jaguares, tendrán que quitárnoslos."

El cazador, al ver a los niños, los miró con enojo y les respondió:

"Así que ustedes fueron los que soltaron a todos mis animales. ¡Qué sorpresa! Escúchenme bien, niños: voy a quedarme con esos cachorros de jaguar, no importa cómo.

¿Qué les parece un trato?

Me los dan y los dejaré ir. Seguro que sus padres estarán preocupados por ustedes. Denmelos y todo esto termina aquí."

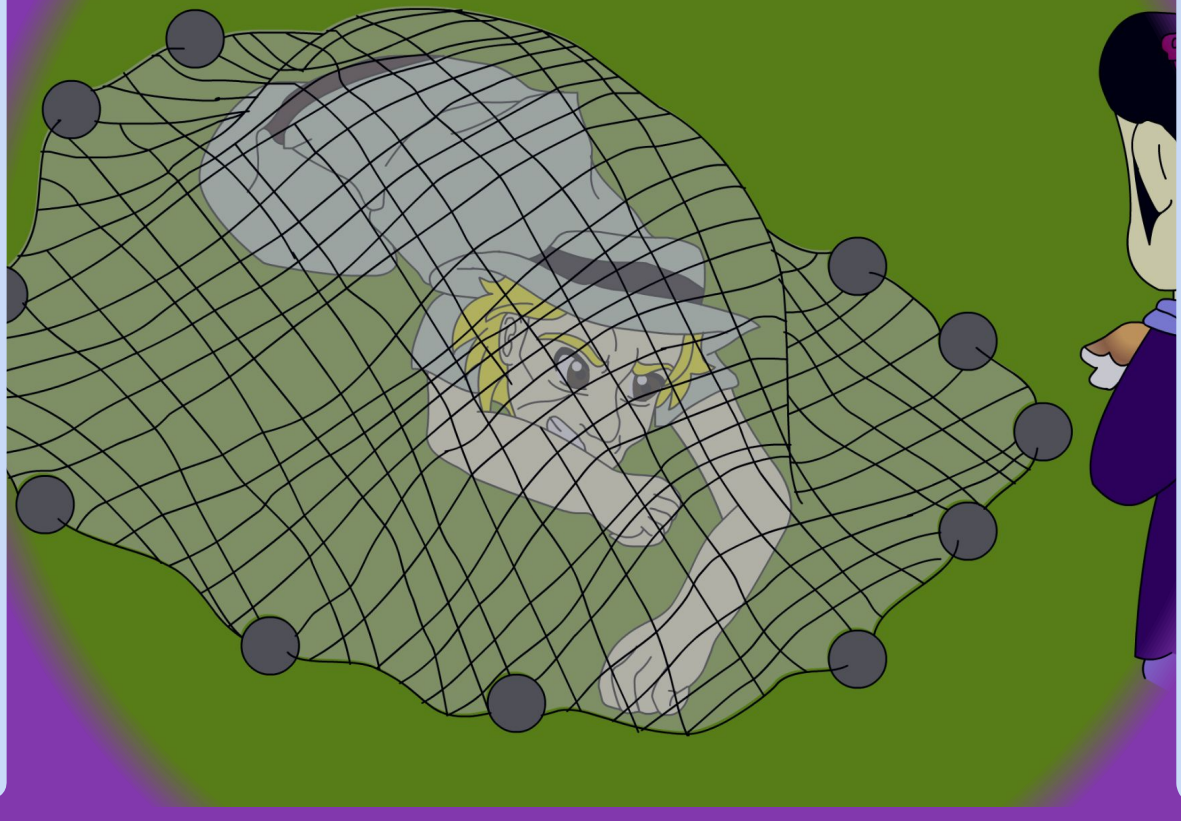
Los niños, sin dudarlo ni un segundo, respondieron a coro:
“¡Nunca!”
Y, rápidamente, salieron corriendo en direcciones opuestas para distraer a los cazadores.

William corrió por un camino rocoso, moviéndose ágilmente.

Cuando vio a uno de los cazadores cerca, activó una trampa de cuerda que lo atrapó, dejándolo en el suelo sin poder moverse.

Ángela, por su parte, corrió entre arbustos y árboles.

Cuando el cazador estuvo a punto de alcanzarla, ella lo guió hacia otra trampa, y el cazador terminó atrapado en una red de cuerda, sin poder escapar.



Mientras tanto, Daniel fue perseguido por el cazador principal, quien lo alcanzó entre los arbustos.
"¡Este juego se acaba aquí!", gritó el cazador. "Dame al cachorro de jaguar, o me lo llevaré por la fuerza."

El cazador se acercaba con rapidez, diciendo: “Deja de hacer esto, es inútil. Incluso si logras salvar a esos cachorros, siempre habrá personas como yo que los cazarán. No importa lo que intentes, nunca estarán a salvo. Todo lo que haces es inútil.”

Daniel, con valentía, lo miró a los ojos y respondió:

“¡Nada es inútil! Cada acción puede marcar la diferencia, no importa lo pequeña que sea. Aunque no logré salvar a los jaguares hoy, eso no significa que me rendiré. Siempre hay que intentarlo y tomar la decisión de actuar.”

Estas palabras enfurecieron al cazador, que no soportó que un niño le hablara de esa manera.

Avanzó para intentar arrebatarle al jaguar, pero justo en ese momento, el cazador pisó una trampa y quedó atrapado, colgado de un árbol. Daniel, desde abajo, lo miró y dijo con calma:
“¿Ves? Te dije que no tendrías al jaguar, ni hoy ni nunca.”

En medio de la emoción, comenzaron a escucharse las sirenas de la policía. Daniel, aliviado, miró hacia la cueva y dijo con una sonrisa:
“Creo que ahora nosotros no seremos tu mayor problema.”

Los niños, reunidos con Alejandro, regresaron rápidamente a la cueva.

En ese momento, los autos de la policía llegaron.

Entre ellos, vieron a sus padres, que, preocupados porque sus hijos no estaban en el hotel, decidieron buscarlos.

Los niños corrieron hacia ellos, aliviados de estar de nuevo en sus brazos.

Los padres, aunque regañaron a sus hijos por haberse ido sin permiso, también estaban muy orgullosos de que hubieran logrado salvar a los animales.

Había muchas emociones en el aire, pero el amor y la admiración brillaban por encima de todo.

El padre de Ángela, con mucho cuidado, desanestesió a la madre jaguar y le curó la pata.

Mientras tanto, los niños ayudaron a los cachorros a reunirse con su madre.

Todos observaron con alegría cómo los cachorros se acercaban a su madre, demostrando que su misión había sido un éxito.

Los animales estaban a salvo, y la familia jaguar, por fin reunida, pudo regresar al bosque.

La emoción reflejada en los rostros de los niños era clara: sabían que su valentía había marcado una gran diferencia.

Habían salvado vidas, y eso les llenaba de satisfacción.

Mientras miraban a la familia jaguar reunida, los niños comprendieron algo importante: cada acción, por más pequeña que pareciera, cuenta.

Decidieron que siempre lucharían por proteger a los animales y su hogar, porque si todos hicieron su parte, juntos podían hacer una gran diferencia.

Y así, con el corazón lleno de esperanza y gratitud, los niños prometieron seguir luchando por lo que amaban.

FIN.

Está la historia de 3 pequeños niños que se embarcan en una aventura para poder salvar a un grupo de animales salvajes de las manos de un cazador furtivo en un viaje que sería único y peligroso, pero sería una prueba de que a pesar de las dificultades que se puedan encontrar en el camino, hay que seguir adelante, para poder avanzar es necesario tomar la decisión de empezar.